

SOBRE EL ARTE, LA BREVEDAD Y LOS MOMENTOS DE LA VIDA DEL HOMBRE

JORGE DÁVILA VÁZQUEZ

Arte de la Brevedad, Libresa, Quito, 2001, 178 págs.

Nuestra época se caracteriza por la vivencia intensa del instante. Sin embargo, si es cierto que este rasgo está muy divulgado, ello no significa que todos deben estar de acuerdo con esta realidad, aunque sea compartida por muchos. La tendencia general, finalmente, es una manifestación más, válida dentro de una interpretación, pero no única. Además, siempre existen opciones para superar las modas y dar solución a los inconvenientes. La momentaneidad parece aumentar la dolorosa sensación de lo pasajero del tiempo, de su huida y de su irrecuperable pérdida. Aparentemente, el actuar permite abrazar el tiempo y disfrutarlo mejor. Quizás por estas razones, hoy se lee menos que antes: porque el esperado (y desesperado) lector prefiere la acción, a la reflexión.

En respuesta a estas circunstancias, Jorge Dávila Vázquez nos ofrece un pequeño libro con un atractivo título: *Arte de la brevedad*. Por medio de la primera palabra insinúa el dominio de la segunda, que, a su vez, alude al deseo insaciable del aprovechamiento del tiempo, sobre todo refiriéndose al eventual lector. No obstante, el autor demuestra, igualmente, una cauti-

vante concisión expresiva en sus páginas. Por un lado, cumple con lo prometido, pues nos da ejemplos magistrales de breves -hasta se podría decir, sin caer en ninguna exageración, super-cortas narraciones- y, por el otro, logra invitar a la reflexión sobre el verdadero sentido de esta aspiración. Surge, naturalmente, la pregunta: ¿y cómo lo hace? Compartamos nuestras observaciones.

Hemos anotado que el libro es pequeño, pero resulta importante subrayar que es muy complejo y sumamente denso. Se basa en textos muy breves y su construcción consta de varias partes: *Breviario*, *De lo imaginario*, *De la antigüedad*, *De las cosas*, *De lo cotidiano* y, finalmente, *Entre espejos*. Aunque el autor realiza unos experimentos literarios en estos textos, y unos experimentos a veces atrevidos, el conjunto da una apariencia de solidez y de unidad. En las páginas de *Arte de la brevedad*, es cierto, hallamos exquisitas formas de la prosa en miniatura, minicuentos o microhistorias (como las nombra el escritor cuencano en la última parte del libro).

Actualmente, en el arte, se destaca la tendencia a que las reflexiones filosóficas y de cor-

te ético prevalezcan sobre las consideraciones teórico-históricas. Estas condiciones se dan tanto en los estudios críticos cuanto en la misma creación. El libro de Jorge Dávila Vázquez parece afirmar esta corriente. Cada uno de sus textos filigranas se convierte en un punto de partida para un detenido examen sobre el papel del tiempo en la vida del hombre y –lo que también cautiva sumamente la atención– invita a establecer unos juicios acerca de las circunstancias o de las determinaciones tomadas por los personajes y sugeridas en estas líneas. Como ejemplos, podemos usar las siguientes frases-cuentos que provienen del “*Álbum de soñadores*” que constituye la segunda parte del libro, *De lo imaginario*: “Bertha, ahogada por el oleaje de una caracola, mientras escuchaba un mar imaginario” o “Aquel que se entregó a la justicia por el asesinato de su propia imagen, que lo miraba burlona desde todos los espejos”. Cada instante en la vida del hombre tiene un significado y repercute, aunque pueda ser de forma inesperada. Nada es gratuito, como pretendían algunos para justificar ciertos actos. Porque todo lo que hacemos tiene alguna finalidad y, por ende, queda incluido dentro de un marco axiológico; ocupa algún sitio dentro de la jerarquía establecida por los objetivos de nuestras actividades.

Solamente así podemos decir que se construye o se desmorona la cultura, entendiendo esta última como la afirmación del bien. Lo paradójico de las escenas descritas se establece sobre la negación de la realidad, y no lo podemos menospreciar. Logra impactar eficazmente por lo irracional de las consecuencias de los actos de sus protagonistas. Los personajes viven desorientados, se alejan del espíritu racional y hacen crecer la alienación de sus existencias. Se dejan llevar, no defienden su identidad, porque no siempre saben lo que es verdadero, lo que es propio de ellos mismos. Al romper la barrera entre lo real y lo imaginario, se convierten en seres que viven en suspenso, como si

levitaran, porque no disponen de criterios firmes, realistas, dentro de sus conciencias.

Mas el libro no es una apología del pensamiento concreto, sometido exclusivamente a lo racional. En numerosos textos, el narrador alude a lo desconocido, inexplicable y misterioso. Desde los primeros títulos, como “*Las cartas geográficas engañosas*” o “*Laberintos*”, hasta los últimos incluidos en *Entre espejos*. La imaginación despierta la inquietud. Invita a las exploraciones más allá de lo cotidiano, rompe con las barreras del tiempo. Lo histórico y concreto, aparentemente aprehendido, colinda con lo incomprendible, lo fantástico o, a veces, hasta mítico, como, por ejemplo, en “*La bella*”, “*Ninguna espada*”, “*Piano*”, “*Esfinge*” y “*En la nave Argos*”.

Por ende, no es nada extraño que el juego se convierta en un elemento de importancia en la construcción literaria de Jorge Dávila V. Éste revela otros aspectos, hasta ahora no suficientemente evidenciados. Hace dudar. Permite revisar las relaciones o el inventario de las manifestaciones del universo creado. Pero, sobre todo, divierte.

A lo largo del libro se entrelazan la seriedad de la reflexión con el manejo lúdico del discurso. La broma se vuelve, de pronto, un punto de partida de un pensamiento serio que acerca a unas analogías o induce a una sucesión encaenada de asociaciones. Esta conexión revela una característica narrativa del autor, de sumo interés en una interpretación crítica, porque le permite abordar los temas de una larga tradición cultural y, muy a menudo, hasta trascendentales. Una pregunta, unos puntos suspensivos un planteamiento inquietante, colocados al final de cada cuento, despiertan una suave sonrisa que, luego, invita a meditar sobre el tema leído.

La risa, el sentido del buen humor suelen ser una actitud de defensa ante la imposibili-

dad de comprender. Por eso, su presencia tan insistente en la construcción de este libro. A pesar de múltiples y diferentes acercamientos al tiempo, que es el verdadero protagonista de *Arte de la brevedad*, esta dimensión de la estructura del mundo sigue perturbándonos. Los intentos de abordar y explicar de alguna manera el tiempo en las decenas de cuentos que forman el libro nos acercan las imágenes que ayudan a meditar sobre el fenómeno, pero no se atreven a indicar sus límites o su infinitud. Cuestionan y multiplican las preguntas pero, al mismo tiempo, las dejan sin respuestas. Hay muchos problemas en nuestro conocimiento que no han sido todavía resueltos. La literatura los aborda, los recuerda para que seamos más humanos pero no pretende poner el último punto sobre la i. Acudir a la alegría significa perseguir la verdad con la confianza o, si se prefiere, ir construyendo el futuro con esperanza.

Jorge Dávila Vázquez termina uno de sus minicuentos con esta bella frase: "Hay siempre un instante de la eternidad que se nos escapa: aquel que viene luego, el que sólo sospechamos, el que los artistas omiten para nosotros, y que a veces es el más trágico" (pág. 86). Parece una sentencia. Es cierto que un momento es opuesto a la eternidad, pero al mismo tiempo es su elemento constitutivo, su complemento. Sin el uno no existe el otro: entre ambos forman la unidad.

El tiempo de la lectura de *Arte de la brevedad* exige el presente, pero traslada al lector a la antigüedad o hacia el futuro. El corto instante de leer un solo cuento permite saborear el despliegue de la eternidad. Nos ayuda a buscar el sentido de nuestra existencia, pero con un saludable distanciamiento que nos facilita la sonrisa. ■

B. P.

